

escrito a máquina

Dos estrellas en el cielo de diciembre



Con pocos días de diferencia se han encendido en el cielo de diciembre dos estrellas nuevas —dos inesperados puntos de luz en la noche de nuestra espectación— que quizá todavía no llamen la atención a los espíritus superficiales, a los que miran su brillo inicial a simple vista, aunque sí a aquellos que usan los instrumentos históricos adecuados para examinarlas y apreciar su promisoría novedad. La una estrella es el liderato bolivariano de Venezuela, iniciado y concretado, con “eficaz pragmatismo” —como decía un diario suramericano— en la Conferencia Cumbre de Puerto Ordáz. La otra estrella se llama UDEL.

Para apreciar la absoluta y prometedora novedad del acuerdo de Puerto Ordáz hay que leer o recordar antes la historia de Hispanoamérica, desde el fracasado intento bolivariano del Congreso de Panamá (en 1826) hasta hoy. Desde ese Congreso, interferido por Inglaterra y hostilizado por Estados Unidos, la consolidación de nuestra Independencia —que tendría que haber consistido en la integración económica de Hispanoamérica, por regiones— ha quedado pospuesta y rota, y nuestra América pasó de una economía colonial a otra, víctima de un capitalismo en expansión frente a unos nacionalismos en formación, indefensos y desintegrados. Desde el Congreso de Panamá hasta hoy, la imprescindible y fundamental unión de Hispanoamérica ha sido entregada a la retórica de los discursos “panamericanos”, mientras los mecanismos que pueden hacerla efectiva, se los reservan y manejan poderes e intereses extranjeros que por su propia dialéctica tienen que empeñarse en mantener esta parcela de América como solar colonial de su expansión y explotación.

POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA esta situación ha sufrido un cambio. Por primera vez en la América post-independiente se levanta un país “nuestro”, con potencialidad económica para hacerlo y con espíritu no agresivo —no explotador— sino integrador, actualiza el ideal bolivariano sobre firmes fundamentos económicos anti-coloniales.

Venezuela no aprovecha su riqueza (como lo han hecho otros países hermanos) para insertarla en el engranaje —y sus beneficios— del capitalismo, sino, al contrario, la aporta para cubrir el talón de Aquiles de nuestras economías subdesarrolladas (cuyos productos básicos y materias primas han sido las víctimas eternas de los consorcios internacionales que fijan sus precios) y crea los primeros instrumentos propios de defensa de nuestro comercio con el extranjero que se han estructurado en la historia económica de la América hispana.

Pero hay más: el liderato bolivariano de Venezuela surge con un sentido geopolítico continental que parecía ya perdido en Latinoamérica, Balkanizada hasta los tuétanos. Su llamado integrador a Centro América —llamado no retórico sino, repitiendo la frase, “eficazmente pragmático”— al mismo tiempo que fortalece e impulsa la unidad de una provincia clave para el Continente, como es Centroamérica, le sirve de plan piloto para una estructuración mayor con los países andinos, que en conjunto puede significar el primer paso para la consumación anhelada de la Independencia, hasta ahora inconclusa desde que fue roto el suelo de Bolívar en Panamá en 1826.

El paso dado por el Presidente de Venezuela significa— dice el editorial de “EL TIEMPO” —de Colombia!— Una nueva orientación en las relaciones hemisféricas. Es la realización práctica de lo que, hasta ahora, sólo había sido retórica de aniversario o proclamas americanistas. Ahora Venezuela, por primera vez, pasa de las palabras a los hechos. Y esta sana y elemental y cotidiana filosofía es lo que América Latina necesita —después de casi dos siglos de colectivo atolondramiento— para cumplir el sueño de los libertadores”.

La desersión de Nicaragua de su compromiso con el café en nada disminuye los alcances ni el significado de la acción de Venezuela, aunque sí exhibe el vergonzoso dependentismo del régimen que sufrimos. No es la primera vez que aquí se mata a Sandino.

En cuanto a la otra estrella de este mes de diciembre, la formación de la Unión Democrática de Liberación, cualquier observador objetivo advierte —si estudia la historia de la lucha opositora en Nicaragua— características nuevas y

logros valiosos en la estructura de UDEL que parecen augurar la definitiva superación de las deficiencias y errores que hasta ayer hicieron fracazar los esfuerzos, con frecuencia heroicos, de liberación de los nicaragienses.

Hasta ahora la idea de un partido o de un movimiento NUEVO, es decir, con una organización y un programa acordes con las realidades de nuestro tiempo y capaz de ser factor de cambio, sólo había sido sostenido en Nicaragua por élites políticas minoritarias. En cada generación, desde 1936, grupos de intelectuales y de jóvenes, levantaron una y otra vez la bandera de renovación de la vieja y obsoleta maquinaria de los partidos llamados históricos (y que más bien deberían ser llamados arqueológicos”) pero, a pesar de que esos grupos eran los que captaban la realidad viva del pueblo, sus necesidades reales y su oprimida demanda de cambio, no lograron vencer la inercia de más de un siglo de política desintegradora y opresiva, y fracasaron. Tales fracasos, sin embargo, sembraron una semilla. La historia estaba simultánea y lentamente moviendo lo aparentemente inmóvil. El desarrollo de la vida laboral, el crecimiento urbano, la industrialización, la enorme expansión de los medios de comunicación y otros muchos factores que no es del caso citar, fueron transformando la mentalidad de grandes sectores populares y promoviendo su concientización y organización. El terremoto fue la sacudida final para una toma de conciencia nacional nunca hasta entonces lograda. El momento de maduración había llegado y el fruto de esa maduración es UDEL. Pero, lo más interesante de anotar es que, en la formación de UDEL, lo “nuevo”, lo verdaderamente “nuevo”, es decir, lo que rompe los viejos y estáticos moldes liberoservadores y ofrece las posibilidades dinámicas y las características de un partido moderno, YA NO LO APORTA UN GRUPO O UNA MINORÍA AISLADA SINO EL PUEBLO MISMO ORGANIZADO. Antes, la creación de un movimiento o partido moderno era solamente una idea. Ahora es una idea-fuerza.

Por otra parte, con UDEL es la primera vez que se forma una unión política por donde debía haber empezado cualquier unión desde hace tiempo: por un programa mínimo de coincidencias. Esta base, aunque mínima, es la única que permite, no sólo la unión para la oposición, sino algo mucho más importante que es la unión para gobernar; es decir, para sustituir con algo organizado y eficaz, y con un claro compromiso de cambio, el actual sistema. Hasta ayer la inmensa mayoría era opositora, pero perdía fuerza y confianza al acercarse al problema del cómo sustituir al régimen. Existía la desconfianza y el recelo de un sector para con otro, del centro para con la izquierda y de la izquierda para con el centro y de un partido para con otro. Ahora esa desconfianza ha sido superada o por lo menos se ha construido un sólido andamiaje para que sea superada, aceptándose el pluralismo, que quiere decir, aceptándose que la Revolución o transformación de Nicaragua puede realizarse gradualmente y por “correcciones sucesivas”. En otras palabras: la oposición ya ha vencido el gran obstáculo de ser sólo oposición. Ha escalado su posibilidad de gobernar, de encarar, con el respaldo y la participación de unas masas organizadas, un cambio sin anarquía y también sin escamoteo.

Para llegar a la “Unión Democrática” de Liberación” tuvo que pasarse por un terremoto que cuestionó totalmente todas las viejas estructuras dejando en el ambiente la exigencia de una organización distinta, nueva y eficaz para la reconstrucción de Managua y de todo el país. Las principales fuerzas organizadas para esa reconstrucción respaldan e integran a la UDEL. Esto dota al movimiento de una potencialidad y de una relación inmediata con el proceso histórico que nunca había tenido ninguna otra acción opositora en Nicaragua. Corresponde al nuevo movimiento una intensa y dinámica campaña de multiplicación de organizaciones a todos los niveles para fortalecer y aumentar su capacidad de resistencia y de presión socio-política.

A raíz de la catástrofe se dijo que el terremoto fue una revolución sin contenido. Todos los datos expuestos parecen augurar que UDEL le dará ese contenido.

PABLO ANTONIO CUADRA